

El Jardín del Profeta

Por

Kahlil Gibran

***Free*editorial** 

Almustafa, el elegido y el amado, que era la plena luz de su propio día, regresó a su isla natal en el mes de Tishrei, que es el mes del recuerdo.

Y cuando el barco se acercaba ya al puerto, se puso de pie en la proa, y sus marineros se encontraban a su alrededor. Y en el corazón tenía un sentimiento de regreso al hogar.

Y habló, y en su voz estaba el mar, y dijo: «Mirad, la isla donde nacimos. Hasta aquí nos ha elevado la tierra, canto y enigma, canto al cielo, y enigma para la tierra; y ¿qué hay entre la tierra y el cielo que pueda cantar ese canto afinado y resolver el enigma, si no es nuestra propia pasión?

»La mar nos empuja de nuevo a esas orillas. No somos otra cosa que una más de sus olas. Nos emite para hacer sonar su palabra, pero ¿cómo vamos a poder hacerlo sin romper contra las rocas y la arena la simetría de nuestro corazón?

»Pues esta es la ley de los marineros y del mar: si quieres libertad, tienes que acudir a la bruma. Lo sin forma está perpetuamente en busca de forma, lo mismo que las innumerables nebulosas buscan convertirse en soles y lunas; y nosotros, moldes rígidos que hemos buscado mucho y regresado a nuestra isla, debemos convertirnos una vez más en bruma y aprender del comienzo. Y ¿qué hay que pueda vivir y elevarse a las alturas si no se rompe y se convierte en pasión y libertad?

»Por siempre estaremos en busca de orillas en las que poder cantar y ser oídos. Pero, ¿qué ocurre con la ola que se rompe donde no habrá ningún oído que la oiga? Es lo no oído en nosotros lo que nutre nuestra pena más profunda. Y sin embargo también es lo no oído lo que esculpe nuestra alma para dar forma a nuestro destino».

Se avanzó entonces uno de sus marineros y dijo: «Señor, has capitaneado nuestra nostalgia por este puerto, y he aquí que hemos llegado, y sin embargo hablas de dolor y de corazones que se romperán».

Y respondió él y dijo: «¿No he hablado acaso de libertad, y de esa bruma que es nuestra mayor libertad? Pero este peregrinar a la isla en que nací lo hago en el dolor, del mismo modo que el fantasma de aquel al que mataron va a arrodillarse ante aquellos que lo mataron».

Y habló otro marinero y dijo: «Mira las multitudes en el rompeolas. En su silencio predijeron incluso el día y la hora de tu llegada, y han venido de sus campos y sus viñas en su necesidad de amor, para acudir a esperarte».

Almustafa miró a lo lejos las multitudes, y su corazón era consciente de que lo añoraban, y permaneció en silencio.

Llegó entonces de la muchedumbre un clamor, y era un clamor de recuerdo y súplica.

Y miró él a sus marineros y dijo: «¿Y qué les he traído? Era yo un cazador en tierras lejanas. Con puntería y fuerza gasté las doradas flechas que ellos me habían dado, pero no he traído caza alguna. No fui detrás de las flechas. Tal vez ahora estén brillando al sol en alas de águilas heridas que no van a caer a la tierra. Y tal vez las puntas de las flechas hayan caído en manos de aquellos que tenían necesidad de ellas para conseguir pan y vino.

»No sé dónde gastaron su vuelo, pero esto sé: trazaron su curva en el cielo.

»Aun así, todavía está sobre mí la mano del amor, y vosotros, marineros míos, surcáis todavía mi visión, y no permaneceré mudo. Gritaré cuando la mano de las estaciones se ponga en mi garganta, y cantaré mis palabras cuando a mis labios los quemem las llamas».

Y ellos tenían el corazón turbado porque él hablaba de estas cosas. Y dijo uno: «Maestro, enséñanos a todos, y tal vez porque corre tu sangre en nuestras venas y porque tu aliento es nuestra fragancia, comprenderemos».

Entonces les respondió, y en su voz estaba el viento, y dijo: «¿Me lleváis acaso a la tierra en que nací para que haga de maestro? Todavía no he sido enjaulado por la sabiduría. Demasiado joven soy, y demasiado inexperto, para hablar de otra cosa que del sí mismo, que es por siempre lo profundo que llama a lo profundo.

»Que el que quiera sabiduría la busque en el ranúnculo o en un pedazo de arcilla roja. Yo soy el que canta. Yo soy el que canta la tierra, y cantaré vuestro sueño perdido que camina de día entre dormir y dormir. Pero miraré hacia el mar».

Y había entrado ya el barco en el puerto y pasó el rompeolas, y Almustafa llegó entonces a la isla en la que había nacido y se encontró una vez más entre los suyos. Y de sus corazones se elevó un gran clamor, y eso estremeció dentro de él la soledad de su sentimiento de regreso al hogar.

Y quedaron ellos callados aguardando a que hablase, pero él no les respondía, porque estaba embargado por la tristeza del recuerdo, y se dijo en su corazón: «¿He dicho que cantaré? No, tan sólo puedo abrir los labios para que la voz de la vida salga al viento en signo de alegría y de apoyo».

Y habló entonces Karima, con la que había jugado, de niños, en el jardín de la madre de él, y dijo: «Durante doce años nos has ocultado tu rostro, y durante doce años hemos estado hambrientos y sedientos de tu voz».

Y él la miró con suma ternura, pues había sido ella la que cerrara los ojos de su madre cuando las blancas alas de la muerte la recogieron.

Y respondió él y dijo: «¿Doce años? ¿Doce años dices, Karima? No he medido mi anhelo con la estrellada vara ni sondeado las profundidades. Porque, cuando el amor está añorado, agota las medidas del tiempo y sus sondeos.

»Hay momentos que contienen eones de separación. Y sin embargo partir es tan sólo una proyección de la mente. Tal vez no hemos partido».

Almustafa miró al pueblo, y los vio a todos ellos, jóvenes y ancianos, robustos y débiles, los rubicundos por la acción del viento y el sol, y los que tenían el semblante pálido; y vio en sus rostros un resplandor de anhelo y de interrogación.

Y habló uno y dijo: «Maestro, la vida ha sido amarga con nuestras esperanzas y nuestros deseos. Nuestros corazones están turbados, y no comprendemos. Te lo ruego, alívianos y muéstranos el sentido de nuestro penar».

Y su corazón se vio movido a compasión, y dijo: «La vida es más antigua que todas las cosas que viven; del mismo modo que la belleza emprendió el vuelo antes de que naciese en la tierra lo bello, y del mismo modo que la verdad era verdad antes de ser proferida.

»La vida canta en nuestros silencios y sueña en nuestro dormir. Aunque nosotros estemos derrotados y abatidos, la vida está entronada y en la cúspide. Y, cuando lloramos, la vida sonríe al día, y es libre aunque nosotros arrastremos nuestras cadenas.

»A menudo damos a la vida nombres amargos, pero sólo lo hacemos cuando somos nosotros los que estamos amargados y sombríos. Y consideramos que está vacía y que no es aprovechable, pero sólo lo hacemos cuando el alma va a vagar por lugares desolados, y el corazón está ebrio de excesiva atención por uno mismo.

»La vida es profunda, elevada y distante; y aunque vuestra vista pueda alcanzar con esfuerzo a verle siquiera los pies, está sin embargo cerca. Y aunque sólo el aliento de vuestro aliento consigue llegar a su corazón, la sombra de vuestra sombra le cruza la cara, y el eco de vuestro más débil grito se convierte en primavera y otoño en su pecho.

»Y la vida está velada y oculta, igual que está oculto y velado vuestro sí mismo más profundo. Y sin embargo, cuando habla la vida, todos los vientos se convierten en palabras; y cuando vuelve a hablar de nuevo, las sonrisas de vuestros labios y las lágrimas de vuestros ojos se convierten también en

palabras. Cuando canta ella, oyen los sordos y escuchan y permanecen atentos. Y cuando se acerca caminando, la contemplan los ciegos y quedan admirados y la siguen sumidos en maravilla y asombro».

Y dejó de hablar, y un gran silencio envolvió al pueblo, y en el silencio latía un canto que no se oía, y se consolaron de su soledad y dolor.

2

Y los dejó enseguida y siguió el sendero que conducía a su Jardín, que era el Jardín de su madre y de su padre, en el que yacían dormidos, ellos y sus antepasados.

Y allí estaban aquellos que hubieran querido seguirlo al ver que en su vuelta a casa estaba solo, pues nadie quedaba de sus parientes para montar el banquete de bienvenida, según era costumbre en su pueblo.

Pero el capitán de su barco les aconsejó así: «Dejadlo, dejad que siga su camino, porque su pan es el pan de la soledad, y en su copa se encuentra el vino del recuerdo, que beberá a solas».

Y se contuvieron los marinos, retuvieron el paso, pues sabían que era cierto lo dicho por el capitán del barco. Y todos cuantos se habían reunido en el rompeolas retuvieron el paso de su deseo.

Sólo lo siguió Karima un corto trecho, suspirando a causa de su soledad y sus recuerdos. Y ella no habló, sino que se volvió y se fue a su propia casa, y allí, en el jardín, bajo el almendro, lloró, aunque no sabía por qué.

3

Y fue Almustafa y encontró el Jardín de su madre y de su padre, y entró en él, y cerró la puerta para que nadie pudiese entrar tras él.

Y cuarenta días y cuarenta noches moró solo en aquella casa y en aquel Jardín, y nadie acudió, ni siquiera a la puerta, porque estaba cerrada, y toda la gente sabía que quería estar solo.

Y cuando hubieron pasado los cuarenta días con sus noches, abrió Almustafa la puerta para que entrasen.

Y acudieron nueve hombres a estar con él en el Jardín; tres marineros de su

propio barco; tres que habían servido en el templo; y tres que habían sido compañeros suyos de juegos cuando todos eran niños. Y esos eran sus discípulos.

Y se sentaron una mañana sus discípulos a su alrededor, y en los ojos de Almustafa había distancias y recuerdos.

Y aquel discípulo a quien llamaban Hafiz le dijo: «Maestro, háganos de la ciudad de Orfalesia, y de aquella tierra en la que te quedaste estos doce años».

Y Almustafa callaba, y miraba a lo lejos, en dirección a las colinas y en dirección al vasto éter, y había en su silencio una batalla.

Y dijo entonces: «Amigos y compañeros míos de camino, compadeced la nación que esté llena de creencias y vacía de religión.

»Compadeced la nación que viste ropas no tejidas por ella, que come pan que no ha cosechado y que bebe un vino que no sale de su lagar.

»Compadeced la nación que aclama como héroe al bravucón, y que considera bondadoso al conquistador rutilante.

»Compadeced la nación que desprecia una pasión en su sueño pero que se somete a ella cuando despierta.

»Compadeced la nación que no alza la voz más que cuando asiste a un funeral, que no se jacta más que entre sus ruinas, y no se rebela más que cuando su cuello yace entre la espada y el cadalso.

»Compadeced la nación cuyo estadista es un zorro, cuyo filósofo es un malabarista, y cuyo arte es el arte de poner remiendos y simular.

»Compadeced la nación que recibe a su nuevo soberano al son de las trompetas, y que lo despide con abucheos, y recibe a otro nuevamente al son de las trompetas.

»Compadeced la nación cuyos sabios son mudos de tan ancianos y cuyos hombres fuertes están todavía en la cuna.

»Compadeced la nación dividida en fragmentos, cada uno de los cuales se considera a sí mismo una nación».

4

Y dijo uno: «Háganos de lo que alienta tu corazón en este momento».

Y él lo miró, y había en su voz un sonido como una estrella que canta, y

dijo: «En vuestro sueño despierto, cuando estáis callados y escucháis vuestro más profundo sí mismo, vuestros pensamientos, como copos de nieve, caen y revolotean y revisten de blanco silencio todos los sonidos de vuestros espacios.

»¿Y qué son los sueños despiertos sino nubes que brotan y florecen en el árbol celestial de vuestro corazón? ¿Y qué son vuestros pensamientos sino los pétalos que los vientos de vuestro corazón desparraman por las colinas y sus campos?

»Y así como esperáis la paz hasta que toma forma lo sin forma que hay en vosotros, así se condensa y acumula la nube hasta que los Santos Dedos formen con su gris deseo pequeños soles y lunas y estrellas hechos de cristal».

Y entonces Sarkis, el que era medio escéptico, habló y dijo: «Pero vendrá la primavera, y todas las nieves de nuestros sueños y nuestros pensamientos se derretirán y dejarán de existir».

Y él respondió y dijo: «Cuando venga la Primavera en busca de su Amado entre los viñedos y arboledas dormidos, es verdad que se derretirán las nieves y que correrán en arroyos que buscan el río en el valle para que sea el copero de los arrayanes y los laureles.

»Así se fundirá la nieve de vuestro corazón cuando llegue vuestra Primavera, y así correrá vuestro secreto en arroyos en busca del río de la vida en el valle. Y el río envolverá vuestro secreto y lo llevará al gran mar.

»Todas las cosas se derretirán a su vez en cantos cuando llegue la Primavera. Incluso las estrellas, esos inmensos copos de nieve que caen lentamente sobre los más amplios campos, se fundirán y se convertirán en arroyos cantarines. Cuando el sol de Su rostro se levante sobre el ancho horizonte, ¿qué congelada simetría no se convertirá en melodía líquida? Y ¿quién de vosotros no será el copero del arrayán y del laurel?

»Todavía ayer os movíais con la mar en movimiento, y no teníais orillas ni teníais un sí mismo. Y el viento, el aliento de Vida, os tejió entonces, velo de luz en su rostro; y luego su mano os amasó y os dio forma, y con la cabeza en alto buscáis las alturas. Pero la mar os siguió, y su canto permanece con vosotros. Y aunque vosotros olvidasteis vuestra ascendencia, ella afirma su maternidad, y por siempre os llamará a su seno.

»En vuestro extravío entre las montañas y el desierto recordaréis siempre la profundidad de su fresco corazón. Y aunque a menudo no sabréis qué es lo que añoráis, lo que añoráis es sin embargo su vasta y rítmica paz.

»¿Y qué otra cosa podría ser? En la arboleda y en la casita rústica, cuando la lluvia danza en las hojas sobre la colina, cuando cae la nieve, bendición y

signo de alianza; en el valle, cuando conducís al río vuestros rebaños; en vuestros campos, en los que los arroyos, como flujos de plata, mantienen unida la vestidura de verdor; en vuestros vergeles, cuando el rocío temprano refleja los cielos; en vuestros prados, cuando la niebla del atardecer entreveía vuestro camino; en todo ello está con vosotros el mar, dando testimonio de vuestra herencia y reclamando vuestro amor.

»Es el copo de nieve que hay en vosotros corriendo hacia el mar».

5

Y una mañana, cuando paseaban por el Jardín, apareció ante la puerta una mujer, y aquella mujer era Karima, aquella a quien Almustafa había querido como a una hermana cuando era niño. Y ella estaba allí afuera, sin decir nada, sin llamar siquiera a la puerta, sólo mirando al Jardín con añoranza y tristeza.

Y Almustafa vio en sus párpados el deseo, y con paso rápido acudió al muro y a la puerta y se la abrió, y entró ella y recibió la bienvenida.

Y habló ella y dijo: «¿Por qué te alejaste de todos nosotros impidiendo que viviésemos a la luz de tu rostro? Porque mira que todos estos años te hemos estado amando, y esperando con anhelo que regresases sano y salvo. Y ahora todos te llaman y quisieran que hablastes con ellos; y yo soy su mensajera que viene a suplicarte que te muestres a ellos y les manifiestes tu sabiduría, consueles el dolor de los corazones y seas una guía para nuestra necesidad».

Y él la miró y dijo: «No me llames sabio a menos que llames sabios a todos los hombres. Fruto joven soy, colgado aún de la rama, y todavía ayer era tan sólo una flor.

»Y no llames necio a nadie de vosotros, pues en verdad no somos ni sabios ni necios. Somos hojas verdes en el árbol de la vida, y la vida misma está más allá de la sabiduría, y con certeza más allá de la necesidad.

»¿Y acaso me he alejado de vosotros? ¿No sabes que no existe otra distancia que aquella que el alma no cruza en su imaginación? Y cuando el alma la cruza, esa distancia se convierte en ritmo en el alma.

»El espacio que se encuentra entre vosotros y vuestros vecinos inmediatos poco queridos es mayor, en verdad, que la que se encuentra entre vosotros y vuestro amado que mora más allá de siete tierras y siete mares.

»Porque en el recuerdo no hay distancias; y sólo en el olvido se abre un abismo que ni vuestra voz ni vuestro ojo pueden salvar.

»Entre las orillas de los océanos y la cumbre del más alto monte hay un camino secreto que no tenéis más remedio que recorrer antes de convertirnos en una sola cosa con los hijos de la tierra.

»Y entre vuestro saber y vuestra comprensión hay un camino secreto que tenéis que descubrir antes de convertirnos en una sola cosa con el hombre, y por tanto en uno con vosotros mismos.

»Entre vuestra mano derecha, que da, y vuestra mano izquierda, que recibe, hay una gran distancia. Sólo la suprimiréis considerando que ambas pueden dar y recibir, pues el espacio sólo puede superarse cuando sabes que no tienes nada que dar ni nada que recibir.

»En verdad la distancia más extensa es la que se encuentra entre vuestra visión cuando estáis dormidos y vuestro estado de vigilia; y entre lo que es tan sólo un hecho y lo que es un anhelo.

»Y hay todavía otro camino que tenéis que recorrer antes de convertirnos en una sola cosa con la Vida. Pero de ese camino no voy a hablar ahora, puesto que ya estáis cansados por el viaje».

6

Y se fue entonces con la mujer, él y los nueve, a la plaza del mercado, y habló con las gentes, sus amigos y sus vecinos, y había alegría en sus corazones y en sus párpados.

Y dijo él: «Crecéis dormidos y vivís vuestra vida más plena en vuestro sueño. Pues todos vuestros días transcurren dando gracias por aquello que habéis recibido en el silencio de la noche.

»A menudo pensáis y habláis de la noche como si fuese el momento del descanso, cuando en realidad la noche es el momento de buscar y de encontrar.

»El día os da el poder del saber y enseña a vuestros dedos a versarse en el arte de recibir; pero es la noche la que os conduce a la casa del tesoro de la Vida.

»El sol enseña a todas las cosas que crecen su anhelo por la luz. Pero es la noche la que las eleva a las estrellas.

»Porque es el silencio de la noche el que teje un velo de novia sobre los árboles del bosque y las flores del jardín, y luego prepara el banquete abundante y pone a punto la cámara nupcial; y en ese sagrado silencio es concebido el mañana en la matriz del Tiempo.

»Así ocurre con vosotros, y entonces, buscando, encontráis alimento y cumplimiento. Y aunque al amanecer vuestro despertar borre la memoria, la mesa de los sueños está puesta para siempre, y la cámara nupcial espera».

Y permaneció un rato en silencio, y ellos también, esperando sus palabras. Habló entonces de nuevo y dijo: «Sois espíritus pese a que os mováis en cuerpos; y como el aceite que arde en la oscuridad, llamas sois aunque estéis en lámparas.

»Si no fueseis más que cuerpos, mi estancia con vosotros y las palabras que os dirijo serían mera vaciedad, como muertos que llaman a los muertos. Mas no es eso lo que ocurre. Todo lo que en vosotros es inmortal es libre, de día y de noche, y no puede ser alojado ni encadenado, pues esa es la voluntad del Altísimo. Vosotros sois su aliento igual que el viento, que no se puede agarrar ni enjaular. Y también yo soy el aliento de Su aliento».

Y se alejó de ellos con paso rápido y entró de nuevo en el Jardín.

Y Sarkis, el que era medio escéptico, habló y dijo: «¿Y la fealdad, maestro? Nunca hablas de la fealdad».

Y Almustafa le respondió, y había un azote en sus palabras, y dijo: «Amigo mío, ¿qué hombre podría llamarte poco hospitalario si pasa ante tu casa pero no llama a tu puerta?»

»Y ¿quién te consideraría sordo y desatento si te hablase en una lengua extraña de la que nada entiendes?

»Lo que llamas feo, ¿no es aquello que nunca te has esforzado por alcanzar, aquello en cuyo corazón nunca has deseado entrar? Si la fealdad es algo, no obstante, es tan sólo las costras que te tapan los ojos y la cera que te obtura los oídos.

»No digas que algo es feo, amigo mío, salvo el miedo de un alma en presencia de sus propios recuerdos».

7

Un día que estaban sentados bajo la alargada sombra de los álamos blancos, habló uno y dijo: «Maestro, me asusta el tiempo; nos pasa por encima y nos quita la juventud, y ¿qué nos da a cambio?».

Y él respondió y dijo: «Coge un puñado de buena tierra. ¿Encuentras en ella una semilla o tal vez una lombriz? Si tu mano fuese lo bastante grande y

resistente, la semilla acabaría convirtiéndose en bosque, y el gusano en una multitud de ángeles. Y no olvides que los años que convierten en bosques las semillas y en ángeles los gusanos pertenecen al Ahora, todos los años forman parte de este Ahora.

»Y ¿qué son las estaciones de los años sino vuestros propios pensamientos que van cambiando? La primavera es un despertar en vuestro pecho, y el verano es tan sólo el reconocimiento de vuestra propia fertilidad. ¿No es el otoño el anciano que lleváis dentro, que canta una nana a lo que todavía es un niño en vuestro ser? Y ¿qué es —os pregunto—, qué es el invierno sino un largo dormir con los sueños de todas las demás estaciones?».

Y entonces Mannus, el discípulo inquisitivo, miró a su alrededor y vio unas plantas en flor que se agarraban al sicomoro. Y dijo: «Mira los parásitos, maestro. ¿Qué dices de ellos? Son ladrones de rostro cansado que roban la luz a los firmes hijos del sol, y se aprovechan de la savia que corre por sus ramas y sus hojas».

Y él respondió y dijo: «Amigo mío, todos nosotros somos parásitos. Los que trabajamos para convertir la turba en vida palpitante no estamos por encima de quienes reciben la vida directamente de la turba sin conocer la turba.

»¿Le dirá una madre a su hijo: “Te devuelvo al bosque, que es tu madre mayor, porque agotas mi corazón y mi mano”?

»¿O reprenderá el cantor a su propio canto, diciéndole: “Vuélvete a la cueva de los ecos de la que has venido, porque tu voz consume mi aliento”?

»¿Y dirá el pastor a su añal: “No tengo pasto al que llevarte; de modo que déjate descuartizar y conviértete en sacrificio de esta causa”?

»No, amigo mío, todas estas cosas se responden incluso antes de que se pregunten y, como vuestros sueños, están cumplidas antes de que os durmáis.

»Vivimos unos de otros conforme a la ley, antigua e intemporal. Vivamos pues en amistad y bondad. Nos buscamos el uno al otro en nuestra soledad, y seguimos el camino cuando no tenemos a los lados un hogar que nos acoja.

»Amigos míos y hermanos, el camino más ancho es vuestro prójimo.

»Esas plantas que viven del árbol sacan leche de la tierra en la dulce quietud de la noche, y la tierra, en su tranquilo sueño, mama del pecho del sol.

»Y el sol, como vosotros y yo y todo lo que aquí esté, se sienta con los mismos honores en el banquete del Príncipe cuya puerta está siempre abierta y cuya mesa está siempre puesta.

»Mannus, amigo mío, todo lo que existe vive siempre de todo lo que

existe; y todo lo que existe vive en la fe sin límites en la generosidad del Altísimo».

8

Y una mañana, cuando el cielo tenía todavía la palidez del amanecer, iban juntos por el Jardín y miraban al Este y estaban callados en presencia del sol naciente.

Y al cabo de un rato Almustafa señaló con la mano y dijo: «La imagen del sol de la mañana en una gota de rocío es el sol. El reflejo de la vida en vuestra alma es la vida.

»La gota de rocío refleja la luz porque es una misma cosa con la luz, y vosotros reflejáis la vida porque vosotros y la vida sois uno.

»Cuando caiga sobre vosotros la oscuridad, decid: “Esta oscuridad es la aurora todavía no nacida; y aunque esté la noche en mí en pleno parto, en mí nacerá la aurora como nace en las montañas”.

»La gota de rocío que redondea su esfera en la oscuridad de la azucena, no es distinta de vosotros cuando recogéis vuestra alma en el corazón de Dios.

»Si una gota de rocío dice: “Pero sólo una vez en un milenio soy gota de rocío”, respondedle así: “¿No sabes que brilla en tu círculo la luz de todos los años?”».

9

Y un atardecer visitó el lugar una gran tormenta, y Almustafa y sus discípulos, los nueve, entraron y se sentaron al lado del fuego y permanecían callados.

Dijo entonces un discípulo: «Estoy solo, Maestro, y los pasos de las horas golpean pesadamente mi pecho».

Y se levantó Almustafa y quedó de pie en medio de ellos y dijo en una voz que sonaba como un vendaval: «¡Solo! ¿Y qué? Solo viniste, y solo regresarás a la bruma.

»Bebe por tanto tu copa solo y en silencio. Los días de otoño han dado a otros labios otras copas y las han llenado con vino amargo y dulce, igual que

han llenado tu copa.

»Bebe tu copa solo aunque tenga el sabor de tu sangre y de tus lágrimas, y alaba la vida por haberte dado la sed. Porque sin sed tu corazón no es más que la orilla de una mar estéril, sin el canto del rumor y sin marea.

»Bebe a solas tu copa, y bébela brindando.

»Levántala por encima de la cabeza y bebe un buen trago por los que beben solos.

»Una vez busqué la compañía de los hombres y me senté con ellos a la mesa en sus banquetes, y bebí mucho con ellos; pero su vino no me subía a la cabeza, ni corría hacia mi pecho. Tan sólo me caía a los pies. Mi sabiduría quedó seca, y mi corazón, cerrado y sellado. Sólo mis pies estaban con ellos en su niebla.

»Y ya no busqué más la compañía de los hombres, ni bebí vino con ellos sentado a su mesa.

»Por eso te digo: aunque los pasos de las horas golpeen tu pecho, ¿qué problema hay? Bien está que bebas a solas tu copa de dolor, y tu copa de gozo también la beberás a solas».

10

Y un día que Fardrus el griego iba por el Jardín, tropezó su pie con una piedra y se enfadó. Y se dio la vuelta y cogió la piedra mientras gritaba: «¡Oh cosa muerta en mi camino!» y arrojó la piedra.

Y dijo Almustafa, el elegido y el amado: «¿Por qué dices: “Oh cosa muerta”? ¿Tanto tiempo has estado en este Jardín y no sabes que no hay aquí nada muerto? Todas las cosas viven y brillan en el conocimiento del día y de la majestad de la noche. Tú y la piedra sois uno. Sólo hay diferencia en los latidos del corazón. Tu corazón late un poco más deprisa, ¿verdad, amigo mío? Sí, pero no está tan tranquilo.

»Su ritmo puede ser otro ritmo, pero te digo que si sondeas las profundidades de tu corazón y escalas las alturas del espacio, oirás una melodía, y en esa melodía cantan la piedra y la estrella, la una con la otra, en perfecto unísono.

»Si mis palabras no llegan a tu comprensión, déjalas hasta que llegue otro amanecer. Si has arrojado esa piedra porque en tu ceguera has tropezado con ella, entonces también arrojarías una estrella si tu cabeza chocase con ella en

el cielo. Pero vendrá el día en que recogerás piedras y estrellas igual que un niño recoge lirios de los valles, y sabrás entonces que todas esas cosas están llenas de vida y de fragancia».

11

Y el día primero de la semana, cuando el tañido de las campanas del templo sonaba en busca de sus oídos, habló uno y dijo: «Maestro, por todas partes oímos hablar de Dios. ¿Qué dices de Dios, y quién es Él en verdad?».

Y se puso él ante ellos como un árbol joven, que no teme viento ni tormenta, y respondió y dijo: «Pensad ahora, compañeros y amigos amados, en un corazón que encierra todos vuestros corazones, un amor que abarca todos vuestros amores, un espíritu que contiene todos vuestros espíritus, una voz que envuelve vuestras voces, y un silencio más profundo que todos vuestros silencios, e intemporal.

»Tratad de percibir ahora en vuestra propia plenitud una belleza más encantadora que todas las cosas bellas, un canto más extenso que los cantos de la mar y del bosque, una majestad que se sienta en el trono del que Orion no es más que un escabel, y que sujeta un cetro del que las Pléyades no son más que la tenue luz de unas gotas de rocío.

»Nunca habéis buscado otra cosa que alimento y cobijo, un vestido y un bastón; buscad ahora a Uno que no es ni blanco de vuestras flechas ni cueva de piedra en la que refugiaros de los elementos.

»Y si mis palabras son un escollo y un enigma, buscad entonces precisamente que se agriete la corteza de vuestros corazones y que vuestras preguntas puedan conducirnos al amor y la sabiduría del Altísimo, a quien los hombres llaman Dios».

Y quedaron en silencio todos ellos, y anidaba la perplejidad en sus corazones; y Almustafa tuvo entonces compasión de ellos, y los miró con ternura y dijo: «No hablemos ahora más del Dios Padre. En vez de ello, hablemos de los dioses, vecinos vuestros, y de vuestros hermanos los elementos, que se mueven alrededor de vuestras casas y vuestros campos.

»Podríais elevaros imaginativamente hasta una nube, y os parecería alto; y podríais pasar por encima del ancho mar y decir que esa era una gran distancia. Pero os digo que cuando sembráis una semilla en la tierra, alcanzáis una altura mayor; y cuando alabáis a vuestro vecino la belleza de la mañana, cruzáis un mar más ancho.

»Con demasiada frecuencia cantáis a Dios, el Infinito, pero en verdad vosotros no oís el canto. Ojalá escuchaseis el canto de los pájaros y las hojas que abandonan la rama cuando pasa el viento, y no olvidéis, amigos míos, que las hojas sólo cantan cuando están separadas de la rama.

»Y de nuevo os exhorto a que no habléis tan libremente de Dios, que es vuestro Todo, sino que en vez de ello habléis el uno al otro y os comprendáis, el vecino al vecino, un dios a un dios.

»Porque, ¿quién dará de comer al pajarillo si la madre se va cielo arriba? ¿Y qué anémona del campo alcanzará su realización si no la desposa una abeja que viene de otra anémona?

»Sólo cuando estáis perdidos en vuestro sí mismo más pequeño buscáis en el cielo lo que vosotros llamáis Dios. Ojalá encontréis caminos que conduzcan a vuestro sí mismo inmenso; ¡ojalá fueseis menos frívolos y preparaseis los caminos!

»Marineros míos y amigos míos, sería más prudente no hablar tanto de Dios, a quien no comprendemos, y más el uno del otro, a quien podemos entender. Pero quisiera que supieseis que somos el aliento y el aroma de Dios. Somos Dios en hoja, en flor, y a menudo en fruto».

12

Y una mañana, cuando el sol estaba alto, un discípulo, uno de los tres que habían jugado con él en la infancia, se le acercó y le dijo: «Maestro, mi ropa está gastada, y no tengo otra. Déjame que vaya al mercado a hacer tratos, y tal vez así consiga nuevo vestido».

Y Almustafa miró al joven, y dijo: «Dame tus ropas». Y el otro lo hizo y quedó desnudo bajo el sol de mediodía.

Y dijo Almustafa en una voz que era como la de un corcel joven que corre por un camino: «Sólo los desnudos viven al sol. Sólo los sencillos cabalgan el viento. Y sólo aquel que pierde el camino mil veces logrará regresar al hogar.

»Los ángeles están cansados de los listos. Y ayer mismo me decía un ángel: “Creamos el infierno para los brillantes. ¿Qué otra cosa que el fuego puede borrar una superficie brillante y derretir una cosa para reducirla a su corazón?”.

»Y dije yo: “Pero, al crear el infierno, creasteis demonios para regir el infierno”. Pero el ángel respondió:

»“No, el infierno es gobernado por aquellos que resisten al fuego”.

»¡Qué ángel más sabio! Conoce los caminos de los hombres y los caminos de los semihumanos. Es uno de los serafines que acuden a asistir a los profetas cuando los tientan los listos, los hábiles. Y sin duda sonrío cuando sonríen los profetas, y llora también cuando ellos lloran.

»Amigos míos y marineros míos, sólo los desnudos viven al sol. Sólo los que no tienen timón pueden surcar el gran mar. Sólo el que es oscuro con la noche despertará con el alba, y sólo el que duerme con las raíces bajo la nieve llegará a la primavera.

»Porque sois como las raíces, y como las raíces sois simples, porque tenéis sabiduría que viene de la tierra. Y permanecéis en silencio, pues tenéis en vuestras ramas no nacidas el coro de los cuatro vientos.

»Frágiles sois, y sin forma, y sin embargo sois el comienzo de robles gigantes, y del perfil de los sauces medio esbozado en el cielo.

»Y digo una vez más, no sois sino raíces entre de la oscura turba y los cielos en movimiento.

»Y a menudo os he visto alzaros a danzar con la luz, pero también os he visto tímidos. Todas las raíces son tímidas. Han ocultado durante tanto tiempo el corazón que ya no saben qué hacer con él.

»Pero vendrá Mayo, y Mayo es una virgen inquieta, y ella cuidará como una madre montes y llanuras».

13

Y uno que había servido en el Templo le suplicó diciendo: «Enséñanos, Maestro, para que nuestras palabras sean, como tus palabras, un canto y un incienso para el pueblo».

Y Almustafa respondió y dijo: «Os elevaréis por encima de vuestras palabras, pero vuestro camino seguirá siendo el que es, un ritmo y un aroma; un ritmo para los amantes y para todos los que son amados, y un aroma para aquellos que quisieran vivir la vida en un jardín.

»Pero os elevaréis por encima de vuestras palabras a una cumbre en la que cae el polvo de estrellas, y abriréis las manos hasta que estén llenas; y entonces os acostaréis y dormiréis como un pajarillo blanco en un nido blanco, y soñaréis con vuestro mañana igual que sueñan con la primavera las violetas blancas.

»Sí, y también descenderéis más profundamente que vuestras palabras. Buscaréis los manantiales perdidos de los arroyos, y seréis una cueva escondida en la que resuenen las débiles voces de las profundidades que ahora ni oís.

»Descenderéis todavía más profundamente que vuestras palabras, sí, más profundamente que todos los sonidos, hasta el corazón mismo de la tierra, y allí estaréis solos con Aquel que camina también por la Vía Láctea».

Y pasado un rato, uno de los discípulos le habló y le dijo: «Maestro, hablemos del ser. ¿Qué es ser?».

Y Almustafa lo miró largamente y lo amó. Y se levantó y se alejó un trecho de ellos; luego regresó y dijo: «Yacen en este Jardín mi padre y mi madre, enterrados por las manos de los vivos; y yacen enterradas en este Jardín las semillas de antaño, traídas aquí sobre las alas del viento. Mil veces serán enterrados aquí mi padre y mi madre, y mil veces enterrará el viento la semilla; y de aquí a mil años vosotros y yo y estas flores vendremos juntos a este Jardín igual que ahora y seremos, amaremos la vida y seremos, soñaremos el espacio y seremos, creciendo en dirección al sol.

»Pero ahora, hoy, ser es ser sabio, sin por ello ser ajeno al necio; es ser fuerte, mas no para la perdición del débil; jugar con niños pequeños, no como padres, sino como compañeros que aprenden sus juegos.

»Ser sencillos y sin astucias con los ancianos y ancianas, y sentarse con ellos a la sombra de los antiguos robles, aunque vosotros todavía caminéis con la Primavera.

»Buscar un poeta pese a que tal vez viva más allá de siete ríos, y permanecer en paz en su presencia, sin esperar nada, sin dudar de nada, y sin ninguna pregunta en los labios.

»Saber que el santo y el pecador son dos hermanos gemelos, cuyo padre es nuestro generoso Rey, y que el uno nació tan sólo un instante antes que el otro, por lo que lo consideramos el Príncipe heredero.

»Seguir la Belleza aunque vaya a llevarte al borde del precipicio, y pese a que ella es alada y tú sin alas, y aunque ella pase más allá del borde, síguela, pues donde no está la Belleza no hay nada.

»Ser un jardín sin muros, una viña sin guardián, una casa del tesoro permanentemente abierta a todo aquel que pasa.

»Ser robado, estafado, engañado, sí, extraviado y cogido en una trampa y luego ridiculizado, pero aun así mirar hacia abajo desde la altura de tu sí mismo más amplio y sonreír, sabiendo que existe la primavera que vendrá a tu jardín a danzar en tus hojas, y un otoño que madurará tu uva; sabiendo que,

sólo con que una de tus ventanas dé al Este, nunca estarás vacío; sabiendo que todos esos que son considerados malhechores y ladrones, estafadores y tramposos, son tus hermanos necesitados, y que tal vez tú seas todo eso para los bienaventurados habitantes de aquella Ciudad Invisible que está encima de esta ciudad.

»Y ahora, también para ti, cuyas manos forman y encuentran todas las cosas que son necesarias para la comodidad de nuestros días y nuestras noches:

»Ser es ser un tejedor de dedos que ven, un constructor consciente de la luz y del espacio; ser un labrador y sentir que estás escondiendo un tesoro con cada semilla que plantas; ser un pescador y un cazador que siente lástima por los peces y animales, pero que todavía siente más lástima por el hambre y las necesidades del hombre.

»Y, por encima de todo, esto digo: quisiera que todos y cada uno de vosotros fueseis partícipes del propósito de cada hombre, pues sólo así podréis esperar que se vean realizados vuestros buenos propósitos.

»Compañeros míos y amados, sed audaces y no pusilánimes; sed abiertos y no cerrados; y hasta mi última hora y la vuestra, sed efectivamente vuestro sí mismo superior».

Y dejó de hablar y se cernió una profunda tristeza sobre los nueve, y sus corazones se apartaron de él, pues no habían comprendido sus palabras.

Y he aquí que los tres hombres que eran marineros anhelaron el mar; y que los tres que habían servido en el Templo añoraron el consuelo de su santuario; y los que habían sido compañeros suyos de juegos desearon la plaza del mercado. Todos ellos fueron sordos a sus palabras, de modo que el sonido de éstas regresó a él como pájaros cansados y sin hogar que buscan refugio.

Y Almustafa se alejó de ellos un trecho en el Jardín, sin decir nada, sin mirarlos.

Y empezaron a discutir entre ellos y a buscar excusas para su anhelo de irse.

Y he aquí que se volvieron y que regresaron cada uno a su lugar, de modo que Almustafa, el elegido y el amado, quedó solo.

Y cuando hubo caído del todo la noche, se fue junto a la tumba de su

madre y se sentó debajo del cedro que cubría con sus ramas el lugar. Y hasta allí llegó la sombra de una gran luz en el cielo, y brilló el Jardín como una hermosa joya en el pecho de la tierra.

Y gritó Almustafa en la soledad de su espíritu, y dijo:

«Grávida está mi alma con el peso de su fruto maduro. ¿Quién vendrá que lo tome y se sacie con él? ¿Nadie hay que haya ayunado y que sea bondadoso y generoso en su corazón, para que venga y rompa su ayuno con mis primicias al sol y me alivie así del peso de mi propia abundancia?

»Rebosa mi alma con el vino de las edades. ¿No hay sedientos que vengan y beban?

»He aquí que había un hombre que se sentaba en las encrucijadas con la mano tendida a los caminantes, y sus manos estaban llenas de joyas. Y llamaba a los caminantes, diciéndoles: “Tened compasión de mí y llevaos algo. En nombre de Dios, tomad algo de mis manos y consoladme”.

»Pero los caminantes sólo lo miraban, y ninguno tomó nada de su mano.

»Más le hubiera valido ser un mendigo que tiende la mano para recibir — una mano temblorosa, sí, y recogerla vacía— que tenderla llena de ricos presentes y no encontrar a nadie que los quisiese.

»Y he aquí que había también un generoso príncipe que plantó sus tiendas de seda entre la montaña y el desierto y ordenó a sus siervos que encendiesen fuego, signo de acogida para forasteros y vagabundos; y que envió a sus esclavos al camino en busca de un invitado. Pero los caminos y las sendas del desierto se mostraban estériles, y no encontraron a nadie.

»Más le hubiera valido a aquel príncipe ser un hombre de nunca y de ninguna parte en busca de alimento y de cobijo. Mejor que hubiera sido él el vagabundo que no tiene otra cosa que su bastón y una vasija de barro. Porque entonces, al caer la noche, se hubiera encontrado con otros como él, y con los poetas de nunca y de ninguna parte, y hubiera compartido con ellos su miseria y sus recuerdos y sus sueños.

»Y he aquí que la hija de un gran rey se despertó a medio sueño; se puso las ropas de seda, sus perlas y rubíes, y almizcle se puso en el pelo, y en ámbar mojó los dedos. Bajó luego de su torre hasta el jardín, donde el rocío de la noche encontró sus doradas sandalias.

»En el silencio de la noche, la hija del gran rey buscaba el amor en el jardín, pero en todo el vasto reino de su padre no había ningún hombre enamorado de ella.

»Más le hubiera valido ser la hija de un labrador, que cuida sus ovejas en un campo y regresa a casa de su padre al anochecer con el polvo de los

retorcidos caminos en los pies y la fragancia de las viñas en los pliegues del vestido.

»Y cuando haya llegado la noche y se cierna sobre el mundo el ángel de la noche, dirigirá sus pasos hacia la cuenca del valle, donde aguarda su enamorado.

»Mejor que hubiese sido una monja en un claustro, consumiendo el corazón como incienso, que su corazón se elevase al viento y agotase el espíritu como una vela, como una luz que asciende hacia la gran luz, junto con todos aquellos que rinden culto de adoración y aquellos que aman y son amados.

»Más le hubiera valido ser una mujer vieja en años, sentada al sol y recordando a quien había compartido su juventud».

Y se hizo más profunda la noche, y Almustafa estaba oscuro con la noche, y su espíritu era como una nube preñada. Y gritó de nuevo:

«Grávida está mi alma con su propio fruto maduro;

Grávida está mi alma con su fruto.

¿Quién vendrá ahora que coma y se sacie?

Rebosa mi alma de su vino.

¿Quién se servirá ahora y beberá y se refrescará del calor del desierto?

»Más me valdría ser un árbol sin flores ni frutos,

Pues el dolor de la abundancia es más amargo que la esterilidad,

Y la pena del rico de quien nadie toma nada

Mayor es que el dolor del mendigo a quien nadie quiere dar.

»Más me valiera ser pozo, seco y reseco, y que los hombres lanzasen piedras a mi interior;

Pues sería mejor y más fácil soportarlo que ser una fuente de agua viva

Cuando la gente pasa y no quiere beber.

»Más me hubiera valido ser junco aplastado bajo el pie,

Pues eso sería mejor que ser una lira de cuerdas de plata

En una casa con amo sin dedos

Y cuyos hijos son sordos».

Entonces, durante siete días y siete noches nadie se acercó a las proximidades del Jardín, y él estaba solo con sus recuerdos y su dolor; porque incluso aquellos que habían escuchado sus palabras con amor y paciencia se habían alejado de él en busca de otras luces.

Sólo acudió Karima, con el silencio sobre el rostro como un velo; y con copa y plato en la mano, bebida y alimento para su soledad y su hambre. Y tras ponerlos ante él, siguió su camino.

Y Almustafa buscó de nuevo la compañía de los álamos blancos que había a la puerta, y se sentó a mirar el camino. Y al cabo de un rato vio que a lo lejos se levantaba como una nube de polvo sobre el camino y que se acercaba adonde él estaba. Y en la nube aparecieron los nueve y delante de ellos iba Karima guiándolos.

Y avanzó Almustafa y les salió al encuentro en el camino, y pasaron todos la puerta, y todo estaba bien, como si se hubiesen ido sólo una hora antes.

Entraron y cenaron con él en su frugal mesa, después que Karima hubiese puesto en ella el pan y el pescado y servido el último vino en las copas. Y mientras servía el vino, suplicó al Maestro diciendo así: «Déjame que vaya a la ciudad a buscar vino para que pueda llenar otra vez vuestras copas, pues este vino ya se acaba».

Y él la miró, y en sus ojos había un viaje y un país lejano, y dijo: «No, pues es suficiente para el momento».

Y comieron y bebieron y quedaron satisfechos. Y al final habló Almustafa con voz poderosa, profunda como el mar y con la plenitud de la marea bajo la luna, y dijo:

«Camaradas, compañeros míos de viaje, tenemos que partir hoy. Largo tiempo hemos escalado las más escarpadas montañas, y hemos afrontado las tormentas. Hemos conocido el hambre, pero nos hemos sentado también a la mesa de banquetes nupciales. A menudo nos hemos encontrado desnudos, mas también hemos llevado vestimenta regia. Hemos viajado realmente lejos, pero ahora partimos. Juntos debéis seguir vuestro camino, y yo, solo, tengo que seguir el mío.

»Y aunque los mares y las vastas tierras nos separen, compañeros seguiremos siendo en nuestro viaje a la Montaña Santa.

»Pero antes que tomemos los caminos separados, quiero daros la vendimia y la cosecha de mi corazón:

»Haced vuestro camino cantando, mas sea breve cada canto, pues sólo los cantos que mueran jóvenes en vuestros labios podrán vivir en los corazones humanos.

»La verdad amable, decidla en pocas palabras; pero no una verdad desagradable, ni en muchas ni en pocas palabras. A la doncella cuyo pelo brilla al sol decidle que es hija de la mañana. Pero si veis al ciego, no le digáis que es uno con la noche.

»Escuchad al flautista con los mismos oídos que a Abril, pero si oís hablar al crítico y al que busca los defectos, permaneced sordos como vuestros propios huesos y tan distantes como vuestra imaginación.

»Compañeros y amados míos, en el camino encontraréis hombres con pezuñas; dadles vuestras alas. Y hombres con cuernos; dadles coronas de laurel. Y hombres con garras; dadles pétalos por dedos. Y hombres de lengua bífida; dadles palabras de miel.

»Sí, encontraréis a esos hombres y a otros; encontraréis que el cojo vende muletas; y que el ciego vende espejos. Y os encontraréis al rico mendigando a la puerta del Templo.

»Al cojo dadle vuestra rapidez, y al ciego, vuestra visión; y procurad dar algo de vosotros a los ricos pordioseros; ellos son entre todos los más necesitados, pues ciertamente nadie tenderá la mano en busca de limosna a menos que sea pobre de verdad, por más posesiones que tenga.

»Camaradas y amigos míos, en nombre de nuestro amor, os digo que seáis innumerables caminos que se entrecrucen en el desierto, por donde vayan los leones y los conejos, y también los lobos y los corderos.

»Y recordad lo que os digo: no os enseñe a dar, sino a recibir, no a denegar, sino a cumplir; y no a producir, sino a comprender, con la sonrisa en los labios.

»No os enseñe el silencio, antes bien os enseñe un canto no demasiado fuerte.

»Os enseñe vuestro sí más vasto, que contiene a todos los hombres».

Y se alzó de la mesa y salió derecho al Jardín y caminó a la sombra de los cipreses cuando caía el día. Y ellos lo seguían, a poca distancia, pues tenían triste el corazón, y tenían la lengua pegada al cielo de la boca.

Sólo Karima, tras haber recogido la mesa, se acercó a él y dijo: «Maestro, te pido que me dejes preparar comida para mañana y para tu viaje».

Y él la miró con ojos que veían mundos distintos de este, y dijo: «Hermana mía y amada mía, eso está ya hecho, incluso desde el comienzo del tiempo. El

alimento y la bebida están preparados para el mañana, incluso para nuestro ayer y nuestro hoy.

»Yo me voy, pero si me voy con una verdad que todavía no haya proferido, esa misma verdad me buscará de nuevo y me recogerá, aunque mis elementos se encuentren esparcidos a través de los silencios de la eternidad, y de nuevo vendré a vosotros con una voz de nuevo nacida del corazón de aquellos silencios ilimitados.

»Y si hubiese algo de belleza que no os haya declarado, de nuevo sería yo llamado, sí, incluso por mi propio nombre, Almustafa, y yo os haría un signo, para que supieseis que había regresado para decir todo lo que falta, pues Dios no soportará permanecer oculto al hombre, ni resistirá Su palabra permanecer cubierta en el abismo del corazón del hombre.

»Viviré después de la muerte, y cantaré en vuestros oídos

Incluso después de que la vasta ola me lleve de vuelta

Al vasto seno profundo del mar.

Me sentaré a vuestra mesa aunque no tenga cuerpo,

Y os acompañaré a vuestros campos, espíritu invisible.

Vendré a vosotros en vuestros hogares, visitante inesperado.

La muerte cambia tan sólo las máscaras que cubren nuestro rostro.

El leñador seguirá siendo leñador,

Y el labrador, labrador,

Y el que entona su canto al viento lo cantará también a las esferas en movimiento».

Y estaban los discípulos tan quietos como las piedras, acongojado el corazón por lo que él había dicho: «Me voy». Pero ninguno tendió la mano para que el Maestro se quedase, ni fue ninguno tras sus pasos.

Y salió Almustafa del Jardín de su madre, y sus pies iban veloces, y eran silenciosos; y en un momento, como una hoja llevada por un fuerte viento, se hubo alejado de ellos, y ellos vieron como una luz pálida que subía a las alturas.

Y caminaron los nueve de vuelta al camino. Pero la mujer permaneció de pie mientras caía la noche, y vio que la luz y el crepúsculo se hacían uno; y se confortó de su desolación y de su soledad con estas palabras: «Yo me voy, pero si me voy con una verdad que todavía no haya proferido, esa misma verdad me buscará de nuevo y me recogerá, y de nuevo vendré a vosotros».

Y había caído ya la noche.

Y él había alcanzado las montañas. Sus pasos le habían guiado hasta la bruma, y se detuvo entre las rocas y los cipreses blancos, oculto de toda cosa, y habló y dijo:

«Oh Bruma, hermana mía, aliento blanco todavía no preso en un molde,
Regreso a ti, aliento blanco y sin voz,
Voz aún no proferida.

»Oh Bruma, mi alada hermana Bruma, ahora estamos juntos,
Y juntos estaremos hasta el segundo día de la vida,
En que la aurora te pose, gotas de rocío, en un jardín,
Y me pose a mí, criatura, en el pecho de una mujer,
Y recordaremos.

»Oh Bruma, hermana mía, estoy de vuelta, corazón que escucha en sus profundidades,

Como tu corazón,
Deseo palpitante y sin propósito como tu deseo,
Pensamiento aún no cosechado, como tu pensamiento.

»Oh Bruma, hermana mía, primogénita de mi madre,

Todavía sostienen mis manos las verdes semillas que me ordenaste esparcir,

Y están sellados mis labios con el canto que me ordenaste cantar;

Y no te traigo ningún fruto, y no te traigo ningún eco

Pues mis manos estaban ciegas, y estaban mis labios estériles.

»Oh Bruma, hermana mía, mucho he amado al mundo, y el mundo me ha amado también,

Pues todas mis sonrisas estaban en sus labios, y todas sus lágrimas estaban en mis ojos.

Y sin embargo había entre nosotros un abismo de silencio que él no quería salvar.

Y que yo no podía sobrepasar.
»Oh Bruma, hermana mía, mi inmortal hermana Bruma,
Entoné los cantos antiguos a mis hijitos,
Y escuchaban ellos, y había maravilla en su rostro;
Pero mañana tal vez olvidarán el canto,
Y no sé a quién llevará el canto el viento.
Y aunque el canto no era mío, entró en mi corazón
Y se detuvo un instante en mis labios.
»Oh Bruma, hermana mía, aunque sucedió todo eso,
Estoy en paz.
Bastaba cantar a los ya nacidos.
Y pese a que el canto en realidad no es mío,
Sí es del deseo más profundo de mi corazón.
»Oh Bruma, hermana mía, hermana Bruma,
Ahora soy uno contigo.
Ya no soy un sí mismo.
Han caído los muros,
Y se han roto las cadenas;
Me elevo a ti, vuelto bruma,
Y juntos flotaremos sobre el mar hasta el segundo día de la vida,
Cuando la aurora te pose hecha gotas de rocío en un jardín,
Y me pose a mí, criatura en el pecho de una mujer».

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es

